

Sigmund Freud

## RELATOS CLÍNICOS

Prólogo de Juan José Millás

Selección, edición y epílogo de  
Isabel Menéndez

Traducción del alemán de  
Luis López-Ballesteros y de Torres

 Siruela

Libros del Tiempo

# Índice

## **Prólogo**

El azar y la necesidad	9
------------------------	---

## **PRIMERA PARTE: Sugestión e hipnosis**

Catalina	17
Miss Lucy R.	28
Isabel de R.	45
Rosalía H.	75
Zapatos	80
Lágrimas	83
Vértigo	85
Tos	89
Devota	91
Palabras aisladas	93
Sol y reja	96
Institutriz	99

## **SEGUNDA PARTE: Obsesiones y fobias**

Reproches obsesivos	103
Incontinencia	104
Odio	106
Especulación obsesiva	107
Análisis de un caso de paranoia crónica	108

### **TERCERA PARTE: Paranoia y homosexualidad**

Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica	119
Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina	131
Una neurosis demoniaca en el siglo XVII	161
<b>Epílogo</b>	
Los «otros» casos de Freud	197

## Prólogo

### El azar y la necesidad

En un relato literario una teja no puede matar a nadie a menos que el suceso esté al servicio de algún significado. En la vida, en cambio, no sabemos por qué las cornisas caen sobre unas cabezas y no sobre otras, ni por qué al dar la vuelta a la esquina se nos aparece indistintamente el rostro de la felicidad o la desdicha. La distancia, pues, entre la literatura y la vida es la que va de lo necesario a lo contingente.

Decía un célebre cuentista que cuando en la primera página de un relato aparece un revólver, alguien tiene que suicidarse con él en la última. La existencia, por el contrario, se compone de multitud de acontecimientos que podrían pasar o no pasar sin que ello alterara su funcionamiento. La mayoría de ellos, por otra parte, son inverosímiles, pero no se nos ocurriría mirarlos desde ese punto de vista, pues tienen a su favor el hecho de haber sucedido.

El historial clínico, tan pegado a la vida, no debería guardar en principio ninguna relación con la literatura, pero cuando uno lee los de Freud, advierte enseguida que, independientemente de sus virtudes clínicas, tienen un poderoso instinto narrativo, ya que los materiales que los componen se necesitan unos a otros como las diferentes piezas de un reloj. Sin embargo, la existencia de sus pacientes era sin duda tan casual y

arbitraria como la de cualquiera de nosotros; el secreto, pues, estriba en la cadena asociativa que el fundador del psicoanálisis era capaz de establecer entre los síntomas para reducirlos a esa forma de unidad característica del relato literario. En otras palabras: la mirada de Freud es capaz de descubrir el tejido causal que se esconde bajo la trama del azar («una forma de causalidad cuyas leyes ignoramos», según Borges). ¿No es esa la clase de mirada que exigimos también a un escritor?

En «Miss Lucy R.», por ejemplo, la paciente (¿o deberíamos decir el personaje?) ha perdido el olfato, aunque tiene sensaciones olfativas subjetivas: huele cosas que no están sino en su memoria. Casi al mismo tiempo averiguaremos que se resiste a abandonar a las niñas de las que cuida como institutriz y de cuyo padre está enamorada, si bien ella no se ha dado cuenta. Todos estos materiales narrativos se manifiestan al principio de forma inconexa, como las diferentes piezas de un puzle que más tarde se irán aproximando hasta formar un cuadro unitario en la conciencia del lector. Lucy ejemplifica ese caso tan novelesco en el que lo que uno sabe de sí mismo coincide milimétricamente con lo que ignora. El lector, tras el desconcierto primero producido por la dispersión de los materiales, asistirá, con la protagonista del relato, a la aparición fascinante del sentido. Es tal la maestría en el tratamiento del punto de vista, encarnado por Freud, que a uno le recuerda la atmósfera moral de alguno de los mejores cuentos de Henry James.

En «Catalina», el lector tiene desde el principio más información sobre los personajes que ellos mismos, así que el interés de su lectura está montado sobre los efectos que produce ver en otro el desenlace de un conflicto existencial.

En «Isabel de R.» aparece toda una constelación familiar compuesta, además de por la protagonista y su madre, por dos hermanas y dos cuñados (tan inquietantes, por cierto, como corresponde a una figura parental tan ambigua). Ese mundo cotidiano, reconocible, se transforma de súbito en la encarnación de algo siniestro que está a punto de desencadenarse

frente a los ojos del lector. Freud toma, en fin, un historial cualquiera, integrado por lo que él mismo llama en algún momento «vulgares conmociones anímicas», y lo transforma en un relato excitante donde lo contingente deviene en necesario y lo banal en significativo.

Más que eso: en apenas cuatro líneas, con una increíble economía de medios, es capaz de dibujar todo un escenario emocional en cuyo interior no puede germinar sino una gran historia. Veamos cómo empieza, por ejemplo, «Reproches obsesivos»: «Una muchacha padece de reproches obsesivos. Cuando en el periódico lee haberse descubierto una falsificación de moneda o un crimen cuyo autor se ignora, piensa ensiguída estar complicada en la falsificación...».

Frente a un comienzo tal, el lector no tiene más remedio que colocarse en una zona de desconcierto de la que solo podrá salir continuando la lectura del relato. Ello nos recuerda la existencia de un curioso libro de Freud —*El chiste y su relación con lo inconsciente*—, que constituye de forma involuntaria un magnífico tratado sobre el cuento, al menos sobre esa clase de cuento circular que tiende a alimentarse de la forma de contradicción aparente que llamamos paradoja. Freud se vale en el citado ensayo de la genial definición de Bergson sobre el humor («una espera decepcionada») para ilustrar su idea de los dos momentos fundamentales que ha de tener todo chiste que se precie: el *desconcierto* y el *esclarecimiento*. En efecto, empezamos a oír una historia (llamémosla cuento o chiste) porque hay algo en ella que nos *desordena* o sorprende obligándonos a caminar hacia la zona de luz (el esclarecimiento), cuando la tiene. Lo curioso es que la literatura se compone también de momentos de desconcierto y de esclarecimiento. En ese sentido, podríamos decir que es, como el humor, «una espera decepcionada». Nada hay menos literario que lo previsible.

La literatura, como el psicoanálisis, constituye con frecuencia un viaje desde la superficie de la realidad, donde todo posee un carácter fragmentario, a su zona abisal, en busca de las

conexiones ocultas que permiten una lectura significativa del caos (o viceversa). En cierto modo, es un recorrido desde el *desconcierto* al *esclarecimiento*, igual que estos *Relatos clínicos* de Freud, que se ajustan con precisión a dicho esquema. Por eso siempre proporcionan una «decepción» saludable. Él mismo dice en algún momento, no sabemos si con temor o con placer, que sus historiales presentan un aspecto «más literario que científico», añadiendo enseguida que se debe al objeto y no a sus inclinaciones personales: «No siempre he sido exclusivamente psicoterapeuta. Por el contrario, he practicado al principio, como otros neurólogos, el diagnóstico local y las reacciones eléctricas, y a mí mismo me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales». Cabe preguntarse si el objeto de la literatura y el psicoanálisis no será el mismo.

No nos resistimos a citar como ejemplo de esta tensión entre *desconcierto* y *esclarecimiento*, llevada al límite con un pulso narrativo magistral, «Una neurosis demoniaca en el siglo XVII», donde el lector ha de estar continuamente ajustando su mirada a los sucesivos desenlaces con los que Freud nos va confundiendo y sosegando también de forma sucesiva. No es ajena a esta eficacia narrativa la utilización de otros polos de tensión conformados por dicotomías tales como historial patológico/enfermedad; secreto/cuerpo extraño; psicoanálisis/arqueología; o superchería/neurosis. Señalemos, como ejemplo de este enfrentamiento enriquecedor de contrarios, que «Una neurosis demoniaca...» está escrito para los que creen en el análisis y no en el diablo, aunque el documento sobre el que trabaja Freud pertenece, paradójicamente, a unos monjes que desde luego creen más en el diablo que en el análisis. Sin revelar ningún dato esencial del argumento, no nos resistimos a anticipar al lector algo, como menos, curioso y rompedor de este relato

clínico: su protagonista realiza un pacto con el diablo en el que a cambio de su alma no le pide la eterna juventud, ni el éxito, como es habitual, sino, simplemente, que le quite la depresión de la que es víctima desde que falleciera su padre.

Pero si la lectura de este libro resulta apasionante por la mera peripecia vital de los personajes que desfilan a través de sus páginas, no lo es menos si nos dedicamos a escuchar la voz del narrador (Freud) y nos preguntamos por qué nos cuenta todo esto: quizá porque constituye uno de los modos de contarnos su vida. En efecto, a medida que nos relata el conflicto de Catalina, de Lucy, de Rosalía y del resto de los pacientes que atraviesan su obra, asistimos también a la lectura de la gran «novela» del psicoanálisis, lo que es tanto como viajar desde la hipnosis al método catártico y desde este a la asociación libre, pero también desde el mapa del cuerpo, con su conjunto de síntomas, al territorio inmaterial del inconsciente.

*Relatos clínicos*, pues, se trata de un volumen condenado a gustar a un registro muy amplio de lectores, sin olvidar desde luego al hipocondriaco que puede hallar en él una curiosa colección de síntomas con los que enriquecer su propio cuadro.

JUAN JOSÉ MILLÁS



## **PRIMERA PARTE**

Sugestión e hipnosis

## Catalina

En las vacaciones de 189... emprendí una excursión por la montaña, con el propósito de olvidar durante algún tiempo la Medicina, y especialmente las neurosis, propósito que casi había conseguido un día en que dejé el camino real para subir a una cima, famosa tanto por el panorama que dominaba como por la hostería en ella enclavada. Repuesto de la penosa ascensión por un apetitoso refrigerio, me hallaba sumido en la contemplación de la encantadora lejanía, cuando a mi espalda resonó la pregunta «El señor es médico, ¿verdad?», que al principio no creí fuera dirigida a mí, tan olvidado de mí mismo estaba. Mi interlocutora era una muchacha de diecisiete o dieciocho años, la misma que antes me había servido el almuerzo, por cierto con un marcado gesto de mal humor, y a la que la hostelera había interpelado varias veces con el nombre de Catalina. Por su aspecto y su traje no debía de ser una criada, sino una hija o una pariente de la hostelera.

Arrancado así de mi contemplación, contesté:

—Sí, soy médico. ¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he visto al inscribirse en el registro de visitantes y he pensado que podría dedicarme unos momentos. Estoy enferma de los nervios. El médico de L., al que fui a consultar hace algún tiempo, me recetó varias cosas, pero no me han servido de nada.

De este modo me veía obligado a penetrar de nuevo en los dominios de la neurosis, pues apenas cabía suponer otro padecimiento en aquella robusta muchacha de rostro malhumorado. Interesándome el hecho de que las neurosis florecieran también a dos mil metros de altura, comencé a interrogarla, desarrollándose entre nosotros el siguiente diálogo, que transcribo sin modificar la peculiar manera de expresarse de mi interlocutora:

—Bien. Dígame usted: ¿qué es lo que siente?

—Me cuesta trabajo respirar. No siempre, pero a veces parece que me voy a ahogar.

No presentaba esto, a primera vista, un definido carácter nervioso; pero se me ocurrió enseguida que podría constituir muy bien una descripción de un ataque de angustia, en la cual la sujeto hacía resaltar, de entre el complejo de sensaciones angustiosas, la de ahogo.

—Siéntese aquí y cuénteme lo que le pasa cuando le dan esos ahogos.

—Me dan de repente. Primero siento un peso en los ojos y en la frente. Me zumba la cabeza y me dan unos mareos que parece que me voy a caer. Luego se me aprieta el pecho de manera que casi no puedo respirar.

—¿Y no siente usted nada en la garganta?

—Se me aprieta como si me fuera a ahogar.

—Y en la cabeza, ¿nota usted algo más de lo que me ha dicho?

—Sí, me late como si fuera a saltárseme.

—Bien. ¿Y no siente usted miedo al mismo tiempo?

—Creo siempre que me voy a morir. Y eso que de ordinario soy valiente. No me gusta bajar a la cueva de la casa, que está muy oscura, ni andar sola por la montaña. Pero cuando me da eso no me encuentro a gusto en ningún lado y se me figura que detrás de mí hay alguien que me va a agarrar de repente.

Así, pues, lo que la sujeto padecía eran, en efecto, ataques de angustia, que se iniciaban con los signos del aura histérica, o, mejor dicho, ataques de histeria con la angustia como contenido. Pero ¿no contendrían también algo más?

—¿Piensa usted algo (lo mismo siempre), o ve algo cuando le dan esos ataques?

—Sí; veo siempre una cara muy horrorosa que me mira con ojos terribles. Esto es lo que más miedo me da.

Este detalle ofrecía, quizá, el camino para llegar rápidamente al nódulo de la cuestión.

—¿Y reconoce usted esa cara? Quiero decir que si es una cara que ha visto usted realmente alguna vez.

—No.

—¿Sabe usted por qué le dan esos ataques?

—No.

—¿Cuándo le dio el primero?

—Hace dos años, cuando estaba aún con mi tía en la otra montaña. Hace año y medio nos trasladamos aquí, pero me siguen dando los ahogos.

Era, pues, necesario emprender un análisis en toda regla. No atreviéndome a trasplantar la hipnosis a aquellas alturas, pensé que quizá fuera posible llevar a cabo el análisis en un diálogo corriente. Se trataba de adivinar con acierto. La angustia se me había revelado muchas veces, tratándose de sujetos femeninos jóvenes, como una consecuencia del horror que acomete a un espíritu virginal cuando surge por primera vez ante sus ojos el mundo de la sexualidad<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>Quiero exponer aquí el caso que me reveló por primera vez esta relación causal. Tenía en tratamiento, a consecuencia de una complicada neurosis, a una señora joven, la cual se resistía a reconocer, como es habitual en estas enfermas, que el origen de su dolencia radicaba en su vida conyugal, objetando que ya de soltera padecía ataques de angustia y desvanecimientos, no obstante lo cual yo mantuve mi punto de vista. Cuando ya teníamos más confianza, me dijo, de repente, un día: «Va usted a saber ahora cuál es el origen de los ataques de angustia que de soltera me daban. Por entonces dormía yo en una habitación inmediata a la alcoba de mis padres, los cuales dejaban la puerta abierta y una lamparilla encendida sobre la mesa. De este modo vi algunas noches que mi padre se pasaba a la cama de mi madre, y escuché

Con esta idea, dije a la muchacha:

—Puesto que usted no lo sabe, voy a decirle de dónde creo yo que provienen sus ataques. Hace dos años, poco antes de comenzar a padecerlos, debió usted de ver u oír algo que la avergonzó mucho, algo que preferiría usted no haber visto.

—¡Sí, por cierto! Sorprendí a mi tío con una muchacha: con mi prima Francisca.

—¿Qué es lo que pasó? ¿Quiere usted contármelo?

—A un médico se le puede decir todo. Mi tío, el marido de esa tía mía a quien acaba usted de ver, tenía entonces con ella una posada en X. Ahora están separados, y por culpa mía, pues por mí se descubrieron sus relaciones con Francisca.

—¿Cómo las descubrió usted?

—Voy a decírselo. Hace dos años llegaron un día a la posada dos excursionistas y pidieron de comer. La tía no estaba en casa, y ni mi tío ni Francisca, que era la que cocinaba, aparecían por ninguna parte. Después de recorrer en su busca toda la casa con mi primo Luisito, un niño aún, este exclamó: «A lo mejor está la Francisca con papá», y ambos nos echamos a reír, sin pensar nada malo. Pero al llegar ante el cuarto del tío vimos que tenía echada la llave, cosa que ya me pareció singular. Entonces mi primo me dijo: «En el pasillo hay una ventana por la que se puede ver lo que pasa en el cuarto». Fuimos al pasillo, pero el pequeño no quiso asomarse, diciendo que le daba miedo. Yo le dije entonces: «Eres un tonto. A mí no me da miedo», y miré por la ventana, sin figurarme aún nada malo. La habitación estaba muy oscura; pero, sin embargo, pude ver a Francisca tumbada en la cama y a mi tío sobre ella.

—¿Y luego?

—Enseguida me aparté de la ventana y tuve que apoyarme en la pared, pues me dio un ahogo como los que desde en-

luego ruidos que me excitaron mucho. Desde entonces comenzaron a darme los ataques».

tonces vengo padeciendo, se me cerraron los ojos y empezó a zumbarme y a latirme la cabeza como si fuera a rompérsese.

—¿Le dijo usted algo a su tía aquel día mismo?

—No, no le dije nada.

—¿Por qué se asustó usted tanto al ver a su tío con Francisca? ¿Comprendió usted lo que estaba pasando, o se formó alguna idea de ello?

—¡Oh, no! Por entonces no comprendí nada. No tenía más que dieciséis años, y ni me imaginaba siquiera tales cosas. No sé, realmente, de qué me asusté.

—Si usted pudiera ahora recordar todo lo que en aquellos momentos sucedió en usted, cómo le dio el primer ataque y qué pensó durante él, quedaría curada de sus ahogos.

—¡Ojalá pudiera! Pero me asusté tanto que lo he olvidado todo.

(Traduciendo esto al lenguaje de nuestra «comunicación preliminar» [en *Estudios sobre la histeria*], diremos que el afecto crea por sí mismo el «estado hipnoide», cuyos productos quedan excluidos del comercio asociativo con la conciencia del *yo*.)

—Dígame usted: la cara que ve cuando le da el ahogo, ¿es quizá la de Francisca, tal y como la vio al sorprenderla?

—No. La cara que veo es la de un hombre.

—¿Quizá la del tío?

—No. Al tío no pude verle bien la cara por entonces, pues la habitación estaba muy oscura. Además, me figuro que no tendría en aquel momento una expresión tan horrorosa.

—Tiene usted razón.

(Aquí parecía cerrarse de repente el camino por el que habíamos orientado el análisis. Pero, pensando que una continuación del relato iniciado podía ofrecerme alguna nueva salida, continué mi interrogatorio.)

—¿Qué pasó después?

—Mi tío y Francisca debieron de oír algún ruido en el corredor, pues salieron enseguida. Yo seguí sintiéndome mal y no podía dejar de pensar en lo que había visto. Dos días después

fue domingo y hubo mucho que hacer. Trabajé sin descanso mañana y tarde, y el lunes volvió a darme el ahogo, vomité y tuve que meterme en la cama. Tres días estuve así, vomitando a cada momento.

La sintomatología histérica puede compararse a una escritura jeroglífica que hubiéramos llegado a comprender después del descubrimiento de algunos documentos bilingües. En este alfabeto, los vómitos significan repugnancia. Así, pues, dije a Catalina:

—El que tres días después tuviera usted vómitos repetidos me hace suponer que, al ver lo que pasaba en la habitación de su tía, sintió usted asco.

—Sí, debí de sentir asco —me responde con expresión meditativa—. Pero ¿de qué?

—Quizá viera usted desnuda alguna parte del cuerpo de los que estaban en el cuarto.

—No. Había poca luz para poder ver algo. Además estaban vestidos. Por más que hago no puedo recordar qué es lo que me dio asco.

Tampoco yo podía saberlo. Pero la invité a continuar relatóndome lo que se le ocurriese, con la seguridad de que se le ocurriría precisamente lo que me era preciso para el esclarecimiento del caso.

Me relata, pues, que como su tía notase en ella algo extraño y sospechase algún misterio, la interrogó tan repetidamente que hubo de comunicarle su descubrimiento. A consecuencia de ello se desarrollaron entre los cónyuges violentas escenas, en las cuales los niños oyeron cosas que más les hubiera valido continuar ignorando, hasta que la tía decidió trasladarse, con sus hijos y Catalina, a la casa que ahora ocupaban, dejando a su marido con Francisca, la cual comenzaba a presentar señales de hallarse embarazada. Al llegar aquí, abandona la muchacha, con gran sorpresa mía, el hilo de su relato y pasa a contarme dos series de historias que se extienden hasta dos y tres años antes del suceso traumático. La primera serie contiene esce-

nas en las que el tío persiguió con fines sexuales a mi interlocutora, cuando esta tenía apenas catorce años. Así, un día de invierno bajaron juntos al valle y pernoctaron en una posada. El tío permaneció en el comedor hasta muy tarde, bebiendo y jugando a las cartas. En cambio, ella se retiró temprano a la habitación destinada a ambos en el primer piso. Cuando su tío subió a la alcoba ella no había conciliado aún por completo el sueño y le sintió entrar. Luego se quedó dormida, pero de repente se despertó y «sintió su cuerpo junto a ella». Asustada se levantó y le reprochó aquella extraña conducta: «¿Qué hace usted, tío? ¿Por qué no se queda usted en su cama?». El tío intentó convencerla: «¡Calla, tonta! No sabes tú lo bueno que es eso». «No quiero nada de usted, ni bueno ni malo. Ni siquiera puede una dormir tranquila.» En esta actitud se mantuvo cerca de la puerta, dispuesta a huir de la habitación, hasta que, cansado el tío, dejó de solicitarla y se quedó dormido. Entonces se echó ella en la cama vacía y durmió, sin más sobresaltos, hasta la mañana. De la forma en la que rechazó los ataques de su tío parecía deducirse que no había reconocido claramente el carácter sexual de los mismos. Interrogada sobre este extremo, manifestó, en efecto, que hasta mucho después no había comprendido las verdaderas intenciones de su tío. De momento se había resistido únicamente porque le resultaba desagradable ver interrumpido su sueño y «porque le parecía que aquello no estaba bien».

Transcribo minuciosamente estos detalles porque poseen considerable importancia para la comprensión del caso. A continuación Catalina me contó otros sucesos de épocas posteriores, entre ellos una nueva agresión sexual de que fue objeto por parte su tío un día en que se hallaba borracho. A mi pregunta de si en estas ocasiones notó algo semejante a los ahogos que ahora la aquejan, responde con gran seguridad que siempre sintió el peso en los ojos y la opresión que acompañan a sus ataques actuales, pero nunca tan intensamente como cuando sorprendió a su tío con Francisca.



Terminada esta serie de recuerdos, comienza enseguida a relatarme otra en la que trata de aquellas ocasiones en las cuales advirtió algo entre Francisca y su tío. Una vez que toda la familia durmió en un pajar ella se despertó al sentir un ruido y vio cómo su tío se separaba bruscamente de Francisca. Otra vez, en la posada de N., dormía ella con su tío en una alcaoba y Francisca en otra inmediata. A medianoche se despertó y vio junto a la puerta de comunicación entre ambas una figura blanca que se disponía a descorrer el pestillo. «¿Es usted, tío? ¿Qué hace usted ahí, en la puerta?» «Cállate, estoy buscando una cosa.» «La puerta que da al pasillo es la otra.» «Tienes razón, me he equivocado», etc.

Al llegar aquí le pregunto si todo esto no despertó en ella alguna sospecha. «No; por entonces no sospeché nada. Me chocaban aquellas cosas, pero no pasaba de ahí.» «¿Sintió usted también miedo en estas ocasiones?» Cree que sí, pero no puede afirmarlo con tanta seguridad como antes.

Agotadas estas dos series de reminiscencias, la muchacha guarda silencio. Durante su relato ha ido experimentando una curiosa transformación. En su rostro, antes entristecido y doliente, se pinta ahora una expresión llena de vida. Sus ojos han recobrado el brillo juvenil y se muestra animada y alegre. Entretanto he llegado a la comprensión de su caso. Los sucesos que últimamente me ha relatado, con un desorden aparente, aclaran por completo su conducta en la escena del descubrimiento. Cuando esta tuvo efecto la sujeto llevaba en sí dos series de impresiones, que se habían grabado en su memoria, sin que hubiera llegado a comprenderlas ni pudiera utilizarlas para deducir conclusión alguna. A la vista de la pareja sorprendida en la realización del coito, se estableció en el acto el enlace de la nueva impresión con tales dos series de reminiscencias, comenzando enseguida a comprenderlas y simultáneamente a defenderse contra ellas. A esto siguió un corto periodo de incubación, apareciendo luego los síntomas de la conversión, o sea los vómitos sustitutivos de la repugnancia

moral y física. Quedaba, pues, solucionado el enigma. Lo que había repugnado a la sujeto no había sido la vista de la pareja, sino un recuerdo que la misma despertó en ella, recuerdo que no podía ser sino el de aquella escena nocturna en la que «sintió el cuerpo de su tío junto al suyo».

De este modo, una vez que la sujeto terminó su confesión, le dije:

—Ya sé lo que pensó usted cuando advirtió lo que sucedía en la habitación de su tío. Seguramente se dijo usted: «Ahora hace con Francisca lo que quiso hacer conmigo aquella noche y luego las otras veces». Esto fue lo que le dio a usted asco, haciéndole recordar la sensación que advirtió al despertar por la noche y notar el cuerpo de su tío junto al suyo.

—Sí, debió de darme asco aquello y lo debí de recordar luego.

—Bien. Entonces, dígame usted exactamente... Ahora es usted ya una mujer y lo sabe todo.

—Sí, ahora ya sí.

—Dígame entonces exactamente qué parte del cuerpo de su tío fue la que sintió usted junto al suyo.

La sujeto no da a esa pregunta una respuesta precisa. Sonríe confusa y como convicta; esto es, como quien se ve obligada a reconocer que se ha llegado al nódulo real de la cuestión y no hay ya que volver a hablar de ella. Puede, sin dificultad, suponerse cuál fue la sensación de contacto que advirtió en la escena nocturna con su tío, sensación que más tarde aprendió a interpretar. Su expresión parece decirme también que se da cuenta de que lo he adivinado exactamente, pero evita ya continuar profundizando en aquel tema. De todos modos, he de agradecer a la sujeto la facilidad con que se dejó interrogar sobre cosas tan escabrosas, conducta opuesta a la observada por las honestas damas de mi consulta ciudadana, para las cuales *omnia naturalia turpia sunt*.

Con esto quedaría aclarado el caso. Resta únicamente explicar el origen de la alucinación que retornaba en todos los ata-

ques de la sujeto, haciéndole ver una horrible cabeza, que le inspiraba miedo. Así, pues, la interrogué sobre este extremo, y como si nuestro diálogo hubiese ampliado su comprensión, me contestó enseguida.

—Ahora ya lo sé. La cabeza que veo es la de mi tío, pero no tal y como la vi cuando los sucesos que le he contado. Cuando, después de sorprenderle con Francisca, comenzaron en casa los disgustos, mi tío me tomó un odio terrible. Decía que todo lo que pasaba era por mi culpa y que si no hubiera sido yo tan charlatana no habría pedido su mujer el divorcio. Cuando me veía se pintaba en su rostro una feroz expresión de cólera e iba tras de mí, dispuesto a maltratarme. Yo huía a todo correr y procuraba no encontrarme con él, pero siempre tenía miedo de que me cogiese por sorpresa. La cara que ahora veo, siempre que me da el ahogo, es la de mi tío en aquellos días, contraída por la cólera.

Estas palabras me recordaron que el primer síntoma de la histeria, o sea los vómitos, desapareció al poco, subsistiendo el ataque de angustia con un nuevo contenido. Tratábase, pues, de una histeria derivada por reacción (*Abreagiert*) en gran parte, circunstancia debida al hecho de haber comunicado poco después la sujeto a su tía el suceso traumático.

—¿Le contó usted también a su tía las demás escenas con su marido?

—Por entonces, no, pero sí después, cuando ya se había planteado la separación. Mi tía dijo entonces: «Todo eso hay que tenerlo en cuenta, pues si en el pleito de divorcio pone alguna dificultad lo contaremos ante los tribunales».

No puede tampoco extrañarnos que el símbolo mnémico procediese precisamente de esta época ulterior, durante la cual se sucedieron de continuo en la casa las escenas violentas, retrayéndose del estado de Catalina el interés de la tía, absorbido totalmente por sus querellas domésticas, pues por tales circunstancias fue esta una época de acumulación y retención para la paciente.

Aunque nada he vuelto a saber de Catalina, espero que su conversación conmigo, en la que desahogó su espíritu, tan tempranamente herido en su sensibilidad sexual, hubo de hacerle algún bien.

Todas las páginas están referidas a la 3.<sup>a</sup> edición de las *Obras completas* de Sigmund Freud, editorial Biblioteca Nueva, Madrid 1973. «Catalina»: *O. C.*, vol. I, págs. 101-106.